

Las Armas

en la Historia de Colombia

Teniente Coronel (r) Alberto Lozano Cleves

Nada más justo y lógico, en las bodas de diamante de la Academia Colombiana de Historia, que el homenaje, sincero y espontáneo de las Fuerzas Militares a tan nobilísima institución.

En todos los lugares de la tierra y en todas las épocas de la humanidad, historia y milicia son dos términos correlativos, indisolubles, complementarios. Las armas han hecho la historia, en su mayor parte, y la historia ha tenido necesariamente, que tomar a las armas como materia prima principalísima de sus estudios, investigaciones, crónicas y relatos. Así en las etapas primitivas del acontecer humano. Así en los inicios de la civilización. Así en los días de esplendor de Grecia, Roma, Egipcios y Medas. Las mismas páginas de la Biblia están pobladas de recuentos épicos de batallas, acciones de armas y luchas entre el pueblo escogido y las naciones de los gentiles. Y así podríamos avanzar, ininterrumpidamente, por entre los laberintos de la historia, guiados siempre por los reflejos de una espada o los estampidos de un cañón. Unas veces en luchas ungidas por la gloria de las causas justas, otras manchadas por las acciones innobles de los hombres. Pero siempre, la historia, tejida en mayor parte por las armas.

Afortunadamente, la historia de Colombia pertenece a la estirpe de las crónicas tejidas por las armas en acciones ameritadas por la justicia y esmaltadas por la gloria. Desde los días de la Conquista hasta la época que alcanzamos, las armas han estado siempre al servicio de las causas nobles. Y así, las Fuerzas Militares forman parte entrañable de la patria, desde sus horas iniciales, y en consecuencia a los historiadores les ha correspondido una tarea grata sobremanera: dejar para la posteridad un testimonio limpio y

honroso sobre los hechos de armas a todo lo largo de la crónica nacional.

Difícilmente podría encontrarse otra comarca de la tierra en que, como en Colombia, las armas hayan estado estrechamente ligadas a la formación misma de la nacionalidad, a la creación de las instituciones republicanas, al avance de la civilización, al progreso de la comunidad, al servicio de las más nobles causas, a la defensa de los más altos valores humanos. Y así, la crónica de los historiadores tiene que dar testimonio, y de hecho nuestra historia es un permanente testimonio, de la abnegación, del valor, de la nobleza, de la generosidad, del sacrificio, de la entrega total de las fuerzas militares a la patria, en todo tiempo y lugar, sin concesiones a la fatiga, en un apostolado de proporciones monumentales que forma la osatura de la república.

Si nos adentramos con cuidado y atención por entre las páginas de la historia patria, vemos que a todo lo largo del recorrido épico que va desde los días del descubrimiento hasta nuestros tiempos, tenemos que ir andando por senderos abiertos, en su mayor parte, a golpes de espada. Y sobre el suelo de la patria, duran, por siglos, las huellas de los hombres de armas que nos antecedieron. Huellas que han servido para que tras ellas avancen luego los demás importantísimos núcleos ciudadanos: estadistas, escritores, científicos, sacerdotes, periodistas, políticos, hombres de empresa, mujeres, trabajadores, artesanos, estudiantes, maestros, artistas, toda esa multitud, en fin, que va caminando por todos los senderos de la patria, desde el uno al otro confín, hacia todos los horizontes de la rosa de los vientos.

La historia de Colombia se ha escrito, afortunadamente, con la misma nobleza con que se ha realizado. Y en esa misión tan delicada como meritoria, ha tenido parte principalísima la Academia Colombiana de Historia a lo largo de sus 75 años de vida. Ella ha sido urna de cristal, que ha sabido recoger, depurar y guardar para la posteridad la crónica que da testimonio de la existencia de la patria desde las épocas remotas de la era precolombina hasta nuestros días.

En una tarea ardua, abnegada, meritoria, nuestros historiadores han ido aportando al caudal de nuestras tradiciones el acervo de sus investigaciones, de sus descubrimientos, de su ciencia. Y así han rescatado, para la posteridad, una crónica tersa, diáfana, verídica, testimonial, que sirve de

piso fuerte e incommovible a la fábrica formidable de nuestra nacionalidad. Obra ésta de tan extraordinarias proporciones, que en ocasión como la que celebramos, de los 75 años de la Academia, merece el aplauso jústiciero de todos los colombianos, la gratitud imperecedera de todas las fuerzas vivas de la nacionalidad y la admiración de la patria agradecida.

Son muchos y muy notables los varones egregios que han tomado asiento, durante estos 75 años, en los sillones de la Academia Colombiana de Historia. Forman ellos una galería tan luminosa y meritoria como los prohombres mismos que ellos han historiado. Y así, como lo dijo el genio, la historia es la maestra de la vida, ellos, los historiadores, nuestros historiadores, son los maestros de la nacionalidad. A ellos debe, en buena parte, la república, su fisonomía de perfiles austeros, claros y vigorosos.

Cabe sí anotar, en este punto, que muchos de nuestros historiadores manejaron con igual maestría la espada con que forjaban la historia, y la pluma con que la escribían. Es un testimonio más de la fuerte unidad de las armas y la historia.

La efemérides que con orgullo y emoción celebra la Academia Colombiana de Historia, y con ella y muy cerca de ella todos los colombianos, toca fibras muy profundas de las Fuerzas Militares de Colombia. Por eso éstas toman como suya, con igual orgullo, esta celebración. Y lo hacen para rendir a tan egregia institución cultural y científica un homenaje espontáneo y sincero de gratitud, admiración y aplauso por la ingente obra realizada, a lo largo de 75 años, en honor y gloria de la patria colombiana.